LA NOVIA--¿Ella regresó por amor?

Luján Fraix

Image not found.

Capítulo 1

AUTORES EDITORES

https://www.autoreseditores.com/libro/10423/lujan-fraix/la-novia.html

Image not found.

Salvador Ferrer era un hombre excéntrico de cincuenta años de edad, el primogénito de una familia burguesa. Su madre Úrsula, quien tocaba el órgano en la iglesia del pueblo, todavía lo protegía como un niño y su hermana menor Pilar era como su sombra; aunque la diferencia entre ellos no era incongruente, él por ser retraído parecía mucho más joven. Estaba casado con Dolores, una mujer con demasiado carácter muy manipuladora. Tenían tres hijos: Roberto, Mía y Guillermo.

Él nunca había sentido la felicidad de extrañar la ausencia, de enmudecer ante la mirada de unos ojos que dicen más que las palabras, pero era cierto que, a pesar de todo, se habían unido en matrimonio. La boda fue en la iglesia del pueblo una mañana de abril.

-¡Voy a llevarme el BMW para salir con mis amigas esta noche!-le dijo Dolores a Salvador que estaba en su escritorio preocupado por los problemas financieros.

-¡El auto no se toca, llévate el tuyo!.

Salvador se sentía agobiado por esa familia demandante que no hacía más que exigir, reclamar dinero a toda hora, salidas y viajes. Él era un hombre que le gustaba vivir bien, pero sentía que en su alma se libraban demasiadas batallas. Su padre había fallecido muy joven, dejando a toda la familia a su cargo, cuando Salvador solamente tenía quince años. Tuvo que atender los reclamos de una madre posesiva y controladora y de una hermana caprichosa e impulsiva. Salvador dejó los estudios para dedicarse a los negocios de su padre que precisamente no eran tan transparentes como hubiera deseado. Hombre incansable y trabajador, supo cómo mantener aquella fortuna y acrecentarla. Por añadidura, siguió el camino de su padre con total libertad y ajustándose a los códigos que, de antemano, a su progenitor lo llevaban a buen puerto.

Salvador se mostraba resistente a una vida de lucha por lograr una posición social elevada, pero el vacío que sentía en su alma, esa soledad que perciben aquellos a quienes le falta afecto, no se reemplazaba con nada.

Pensaba que había hecho bien cansándose con Dolores a quien no amaba. Su comunicación sexual: la intimidad, por aquellas épocas, era perfecta y él no quería otra cosa ni lo necesitaba. Lo que ocurre es que el verdadero amor no es eso precisamente y Salvador, a los cincuenta años, se estaba dando cuenta. Ya era tarde. Para algunos, la soledad no es una

circunstancia ni una consecuencia sino una manera de ser.

-¡A comer!-gritó Susan, la señora de servicio.

Salvador llegó al comedor; la mesa servida tenía solamente un plato. Nadie se hallaba en la casa y él no sabía dónde se encontraba su familia. Dolores solía volver a cualquier hora sin rendir cuentas como si la casa fuera una fonda de paso.

Salvador, apesadumbrado, almorzó sin levantar la vista y sin hacer preguntas a la mucama que lo miraba como quien ve a un pobre hombre con demasiado dinero o a un forastero muerto en un zanjón. Su rostro no le decía nada, parecía un vagabundo, un pobre desgraciado; sin embargo, vestía con las mejores marcas de ropa.

Capítulo 2

-¡Qué buena salida!. Salvador no te imaginas. Compré una campera divina ahora que se viene el invierno, botas y cartera y un perfume de Armani… Después fuimos a almorzar.

Salvador se levantó sin decir palabra y se fue a su escritorio a ordenar papeles pues tenía que salir de viaje. Antes de guardar los contratos y demás documentos miró un revólver que tenía en un cajón; luego lo volvió a colocar en el mismo sitio con doble llave. Los gritos de su mujer lo abrumaban demasiado, estaba harto de su frivolidad, de la falta de interés y de compromiso hacia su persona, de la risa y hasta de su cuerpo que tanto había deseado.

"El tiempo aniquila el amor y las ilusiones, desengaña la inocencia. Pero si al menos nos dejara la piedad antes de que nuestro cuerpo encerrado quede confundido con la tierra y las cenizas".

-¡Ya te vas!-le dijo su hijo Roberto con los ojos entrecerrados por el alcohol y las drogas.

-Sí, tengo muchas cosas para hacer. Dile a tu madre que se ocupe del negocio y que atienda a los clientes mientras estoy ausente.

-Puedo hacerlo yo-dijo Roberto.

-¡No, tú no!

Sentía que su familia se desbarrancaba; hubiera querido huir de ellos para siempre, pero algo lo retenía: los sentimientos, su formalidad y algunos códigos de vida que todavía conservaba. Prefirió no discutir y permaneció el resto del tiempo sentado en la galería contemplando la campiña, los tejados de las casas vecinas, escuchando la sirena del tren en la estación y los pájaros que buscaban abrigarse entre los eucaliptos.

Mía volvió del colegio con amigas y transformaron la casa en una ensordecedora discoteca, mientras el tiempo consumía la paciencia de aquel hombre que solamente buscaba paz. Se sentía marginado en su propia casa, un extraño, en medio de una columna de humo, a la distancia.

Salvador llegó a media tarde, luego de una semana de negocios. Nadie advirtió su presencia salvo su hermana que se hallaba en la casa de visita informal. Pilar siempre había sido una buena persona pero su vida carecía de acontecimientos para recordar. No tenía hijos, ni estudios

universitarios, ni ambiciones. Era alguien a quien le sucedían cosas rutinarias.

-Hermanito querido, te adoro. Mamá quiere que vayas a verla. Dice que tiene presión alta y que necesita que estés cerca. ¿Deberíamos creer eso?

-Claro, esta tarde voy.

Cuando llegó al escritorio comprobó cierto desorden; al parecer Roberto o Dolores habían estado buscando algo. Sus carpetas estaban desordenadas, los libros sobre el sofá y el dinero que solía guardar en el cajón había desaparecido; tampoco encontraba la llave donde guardaba el revólver. Se sobresaltó, se angustió… pero decidió no contárselo a nadie. Solamente hizo algunas conjeturas sobre las razones de aquel episodio; temió que alguien hubiera tomado el arma. No existe nada peor que el desamor y la ingratitud.

Se fue a su habitación a descansar. Más tarde, se ocuparía del tema. En su triste estado de ánimo, trató de sacudirse de encima las sospechas que no discernían entre la razón y la fantasía.

Capítulo 3

De repente, escuchó un grito:

-¡Préstame el auto!-interrumpió Roberto con prepotencia y el rostro distorsionado como si fuera la propia muerte que se estuviera riendo de Salvador.

-¡El auto no se toca!-volvió a contestar Salvador con la paciencia al borde del colapso.

-Egoísta, mal padre-protestó Roberto con tono amenazante.

Se fue hacia el garaje, donde se hallaba el flamante coche de su padre, y con una navaja lo rayó de punta a punta; luego se marchó tranquilo por la calle desierta a agotar el poco dinero que tenía con mujeres o a beber en algún bar, sin ninguna intención de ocultar sus vicios.

El centro de la habitación la ocupaba una mesa redonda, de roble, rodeada de sillones de cuero colocados delante de la biblioteca. Directamente, encima de la mesa, pendiente del techo, había una lámpara de cristal.

-Te quiero, hijo-le dijo Úrsula-He estado algo enferma, te pido que no me abandones. La iglesia me está esperando, seguro perdonará mi infidelidad.

-Sí, mamá. No puedo venir tan seguido, piensa que tengo una familia. Ya no soy el niño que tú cuidabas tanto.

-Lo sé. Dime, ¿eres feliz?.

-Bueno, tú entiendes… Dolores es tan especial.

-Una mujer perturbada. Eso ya lo sabías cuando decidiste casarte con ella. Tuviste muchas oportunidades: chicas educadas de buena familia y tú elegiste a Dolores que, vamos a ser sinceros, te había engañado más de una vez y se comentaba que te quería por tu dinero. Tengo que ser realista y perdona, pero a estas alturas… aunque tú todo eso ya lo sabes. Yo lo único que quiero es que no te maltrate.

-¡Madre, soy un hombre!.

-¿Y eso?. Hoy la violencia tanto física como psicológica puede darse de

ambas partes.

Salvador hizo una pausa, sonrió débilmente a Úrsula a quien amaba, se apartó de la mesa y dirigió sus pasos al encristalado armero adosado a la pared que tenía sus cortinillas cerradas para que nadie viera los objetos reservados.

-Acá guardaba mi padre las armas en condiciones y cargadas ¿ no?.

-Sí, pero deja eso que me da terror.

Cerró el armero y volvió a la mesa junto a su madre; con delicada lentitud se acercó a ella y le dio un beso. Ahora, después de haber visto las armas, se sentía más seguro aunque siempre existe una filosofía para la falta de valor.

Cuando salió al patio, vio que los gatos trepaban el tejado para observar su presencia y se acordó de su niñez y juventud cuando los abrigaba en sus brazos llenándolos de lágrimas. Se sentía tan solo después de la muerte de su padre. No había podido sobreponerse, a pesar de los años transcurridos, a esa pérdida. Pensar en él lo hundía en el desgarro.

-Cuídate, mamá. Mañana vuelvo.

-Bendiciones para ti-dijo Úrsula. Toda su vida se había aferrado a él para protegerlo porque su amor era infinito. Lo cierto era que, de alguna manera, lo había aislado del mundo.

Salvador llegó a la casa con su coche sin advertir que se encontraba todo rayado, arruinado, por el capricho de su hijo Roberto. Cuando dio unos pasos, volvió la mirada y allí estaba… Su BMW parecía un automóvil viejo y deslucido.

-¡Dónde está Roberto!-le gritó a Dolores que se hallaba en el living pintándose las uñas.

-Déjalo que no hizo nada.

Capítulo 4

-¡No hizo nada!-gritó Salvador después de escuchar su repugnante respuesta.

-Tú siempre te ensañas con él porque es joven, porque sientes que compite contigo. Tú eres el padre, no el hermano.

-Porque soy el padre exijo respeto.

-Bah… No sabes ser padre ni marido, eres egocéntrico, piensas solamente en ti y en tu estúpido auto. Dinero y más dinero.

-¿Y tú?. Necesitas de ese dinero, lo gastas a manos llenas, nada te importa. ¿verdad?.

Dolores defendía a su hijo porque sabía de sus adicciones pero no hacía nada por contenerlo y orientarlo. Prefirió no insistir con la pelea y lo dejó solo. Salvador se apartó y tomó asiento frente a la mesa vacía, como siempre, mientras su mirada se perdía por el ventanal. Lo único que le resultaba familiar era la tristeza. Permaneció un rato completamente inmóvil para hundirse luego en una de sus somnolencias momentáneas. De pronto, volvió a abrir los ojos y, con acto reflejo, consultó el reloj.

"Qué mal padre debo ser para merecer esto", pensó.

Era agotador para él sentir que todo se le iba de las manos y que había formado una familia con la mujer equivocada, que no se ocupaba de la educación de sus hijos: un ser sin principios, sin moral ni ética. Ya era tarde para arrepentimientos porque no tenía ganas de nada; se hallaba totalmente abatido y sin fuerzas, aunque cuando se cruzaba con ella sentía que su pecho iba a estallar de furia y que una guerra interna lo empujaba deliberadamente fuera de control. Necesitaba una utopía para vivir esa realidad horrible que le tocaba en suerte pues no quería transformarse en un inquisidor.

-¿Papá, tienes dinero?-le preguntó Mía con voz dulce.

Él no perdió tiempo en charlas, sacó la billetera y le dio a su niña de ojos color canela, a quien adoraba, algo de dinero. Apagó las luces y, sumido en una densa oscuridad, lloró de impotencia.

"Hay gente que se preocupa más por el dinero que los pobres: son los

ricos”.

Oscar Wilde

Al otro día llegaron Eduardo y Jorge, sus amigos desde hacía muchos años, con quienes había compartido salidas, partidos de tenis, charlas y algunas mujeres. Eran otros tiempos. Ellos eran testigos de las precarias condiciones en que se encontraba aquel amigo avergonzado por los gravísimos defectos de su familia.

Ambos lo notaron triste, como deprimido. Pensaron que era normal, pues no le hicieron preguntas porque sabían de los conflictos que estaba viviendo Salvador y de lo vulnerable que podría llegar a ser frente a sus “enemigos” diarios.

-Lo que más odio es que toquen mis cosas-dijo Salvador cuando vio salir a Dolores sonriendo en su auto con la mano levantada.

-No te lo tomes así-dijo Jorge.-En el matrimonio todo se comparte.

Salvador sacudió la cabeza como negando sus palabras.

-Mira que te deja y se va con otro-dijo Eduardo.

-Ojalá…-contestó Salvador como iniciando un duelo de cara a la tierra.

Los dos amigos se miraron perplejos; estaban desconcertados. No quisieron ahondar en la cuestión ya que no entendían bien lo que quiso decir.

Suele suceder que frente a personas depresivas nadie sabe cómo actuar y se desvinculan del tema, con aparente indiferencia. Ignoran las voces interiores, la intuición, justifican el dolor… tal vez, no sienten empatía.

Lo cierto era que Eduardo y Jorge se marcharon sin preámbulos y sin advertir que el amigo los necesitaba. Salvador era de esos hombres que no sabían o no podían pedir ayuda y que preferían, en soledad, correr todos los riesgos.

Después de cerrar el negocio, Salvador se fue para la casa y se encontró con Susan que lo miró de extraña manera. Ella era una mujer simple, con el cabello rizado, la cara redonda y grandes ojos, que no sabía nada del

caos del mundo y que se conformaba con poco.

-Encontré esto-le dijo y sacó el revólver de su delantal. Temblaba como si estuviera afiebrada y dispersa.

-¿Dónde? ¿Cómo?-contestó Salvador desesperado.

Capítulo 5

-Estaba en la habitación de Roberto-dijo Susan-Lo hallé debajo de la almohada cuando fui a cambiar las sábanas.

Salvador se lo pidió y ella se lo entregó sin hacer preguntas pero se notaba que estaba horrorizada.

-¡No me mire así, no soy un asesino!.

-No, no, señor… perdón.

Salvador se fue hacia el escritorio a ocultar el revólver pero no pudo encontrar la llave, lo dejó en la caja de seguridad. Más tarde, se fue a descansar a su habitación; abrió el cajón de la mesa de noche para tomar una pastilla y vio allí la llave que tanto había buscado. Su mundo se reducía a túneles y pasillos, atajos y bifurcaciones, entre paisajes y oscuros rincones sin salida.

"¿Cómo llegó a ese lugar, yo mismo la coloqué allí, y el revólver en la habitación de Roberto?", pensó ante tanto desconcierto. Se estaba volviendo loco. "Tal vez, Susan es cómplice. Pero de quién".

Se durmió luego de haber tomado la pastilla; estaba agotado. Necesitaba cambiar de psiquiatra, buscar contención, pero no tenía fuerzas para hacerlo; no podía tomar decisiones. Se hallaba en un desierto de cuatro paredes ahogado por hilos de una telaraña que obviamente iba a acabar con él.

-Nada es igual después de que te casas. Si tu marido no te engaña, te ignora y eso es peor. No piensa en lo que necesitas como mujer: atención, que te escuche, salidas, algún viaje. Ellos solamente quieren hacer negocios y estar alejados de la casa. Nosotras tenemos que ocuparnos de los hijos: escuela, médico, amistades, cumpleaños…

- Eso ha sido siempre así. Mejor que trabaje, tienes dinero y lo puedes disfrutar- dijo la amiga de Dolores.

-Sí, con otro.-contestó riéndose a carcajadas.

-Salvador es un hombre bueno, debes valorarlo más, te da todos los gustos y no te controla para nada. El mío me tiene presa, vigila todos mis pasos. A veces, me siento terriblemente ahogada.

-Pues eres tonta, mujer, escápate como hago yo.

-No porque lo amo.

Capítulo 6

Se escucharon unos pasos lentos en la escalera y, un momento después, apareció Salvador con aspecto solemne. En sus facciones estaba escrita la historia de su vida. Era aquel hombre una persona rutinaria, pero algo tenebroso había venido a perturbar su compostura natural marcando huellas en sus cabellos revueltos y en el rostro encendido por sus maneras inquietas.

-Buenas tardes-dijo cuando entró a la sala donde se hallaban conversando Dolores y su amiga Julia. Salvador no conocía a aquella mujer pero tampoco le importaba demasiado. Seguramente, era una mala influencia para Dolores o al revés.

-Buenas…-dijo la amiga y, al verlo en esas condiciones, se levantó para retirarse. Le parecía demasiado extraña su manera de mirar, tal vez sus ojos estaban nublados por algún pensamiento impropio.

Salvador no se inmutó; renunció a mantener una simulación de diálogo y permaneció de pie ensimismado. Algo más tarde, se asomó Guillermo que venía del patio con su perro en brazos.

Salvador seguía furioso y desconcertado. Lo primero que se le ocurrió fue que había sido víctima de una broma que no le causaba gracia, pero, sin embargo, el tema del revólver no era algo que pudiera tomarse con liviandad. No tenía que hablarlo con nadie, pero se sentía acorralado por una sensación rara de opresión.

-¿Te han robado algo?-le preguntó Dolores.

-¿Por qué?-contestó Salvador sobresaltado por aquella irónica pregunta.

-Digo… por la cara que llevas.

-Estoy cansado.

El viento comenzó a azotar las ventanas y la lluvia terminó por dar un marco a la inhóspita escena. Dos personas que supuestamente se habían amado tanto parecían dos extraños que ni se miraban a los ojos.

-¿Dónde está Mía y Roberto?.

-No sé, tú entiendes. Ellos son adolescentes, salen y no dicen dónde van. Así son. Hay que comprender a la juventud, no ponerse en contra de ellos porque terminas quedándote solo.

Capítulo 7

-No es así, a la juventud hay que ponerle límites; hay demasiado peligro en las calles. No se los puede retener pero tienes que hacer algo. ¡Mujer! ¡Por favor!, no te comportes con indiferencia. A mí ya no me obedecen.

-Deja que sean felices y no pongas obstáculos en sus vidas. Necesitan crecer a fuerza de golpes y experiencia.

Era inútil hablar con Dolores porque su frivolidad no le permitía ver la consecuencia de sus actos. No había madurado, seguía siendo la misma que hacía treinta años. Lo lamentable era que él siempre lo supo y que, conociéndola bien, se casó con ella.

A la mañana siguiente, Salvador comenzó a ordenar papeles en su negocio. Le dijo al empleado que atendiera a los clientes. Tenía la certidumbre de que llegaría a descubrir el misterio de la llave; sin embargo, algo le decía que ese episodio estaba cargado de violencia, de razones ocultas y de alguna confabulación en su contra. Tal vez, necesitaban que él desapareciera del entorno para ser libres y ocupar su lugar.

Salvador se estaba volviendo paranoico; ocultó papeles de compras de propiedades en lugares que ni él mismo podía recordar si intentaba buscarlos en algún momento. Es que pensaba que querían robarle a sus espaldas. Había perdido la confianza en su familia y de eso no se vuelve.

“El crimen perfecto no existe”, pensó.

En ese momento, entró Roberto con cierto desparpajo al negocio.

-Quiero ocuparme de los negocios.-gritó.

-Te he dicho una y mil veces que no, tú debes estudiar; prepara el ingreso a la facultad, si no te gusta economía sigue otra carrera. ¡El negocio lo manejo yo! ¿Está aclarado?

-¿Es broma no?-contestó Roberto con risa irónica.

-¡No!

-Si voy a heredar todo esto.

-¡Para eso tengo que estar muerto!-respondió Salvador con furia y luego se arrepintió de aquella inesperada reacción producto del enojo, del estrés y de todos sus problemas.